

testigo o actor. Fuera de allí, la jeneralidad de las crónicas no sirve para nada.

Por esto seria de desear que los editores de la coleccion se empeñaran particularmente en publicar documentos, que tienen tanta mas importancia para los trabajos históricos. En nuestros archivos se encuentran riquezas de todo jénero, que se podrian publicar junto con otras que se han traído en copia de los archivos españoles. Desde luego, nada mejor se podria hacer que seguir la publicacion de los libros del Cabildo de Santiago hasta la época de nuestra independencia, en quo esa corporacion perdió su importancia.

Para este trabajo extste, es verdad, un obstáculo sério, pero no insub-sanable. La escritura de esos documentos es ininteligible para los copistas que no tienen conocimientos paleográficos. Así ha sucedido que la parte publicada recientemente, es tomada de una excelente traduccion que de esos documentos hizo en años atrás un fraile franciscano, mui diestro en la interpelacion de manuscritos antiguos. Esta dificultad se hace mayor en los que se refieren a fines del siglo XVI i primera mitad del siglo XVII, en que se introdujo una escritura abierta i llena de rasgos, que se denomina *'procesada*, por ser la que usaban los escribanos en los espedientes i procesos judiciales [2]: pero ahora que el arte de interpretacion de manuscritos ha hecho tantos progresos, no es difícil que un hombre medianamente preparado para ese trabajo con el estudio de alguna obra sobre esta materia, llegue en poco tiempo a hacer fieles interpretaciones de esos documentos.

---

*BIBLIOGRAFÍA AMERICANA. Historia de la conquista del Perú, por don Sebastian Lorente.—Juicio crítico de esta obra por el miembro corresponsal de la Facultad de Humanidades en España, don José Joaquín de Mora.*

El señor don Sebastian Lorente, autor de una *Historia del Perú*, cuya revista publicamos hace algunos meses, ha querido completar el monumento que ha levantado a su patria dando a luz la *Historia de la conquista del Perú*, de la que ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar, i a cuyo exámen vamos a dedicar el presente artículo.

Si se mide la distancia que media entre las costas orientales i las occidentales de ese inmenso triángulo que se llama América del Sur, no podrá

[2] Esta letra procesada era ininteligible en el tiempo mismo en que se usaba. Cuenta Cervantes que cuando don Quijote escribió una carta para Dulcinea, i encargó a Sancho que la hiciera copiar ántes de entregarla le dijo: "I no se la des a trasladar a ningun escribano, que hacen letra procesada, que no entenderá Satanás." (Parte I, cap. XXV.)

tenerse mas que una idea sumamente imperfecta de las dificultades que se oponian a la comunicacion entre ambos puntos antes de la conquista; antes que la navegacion europea hubiese penetrado en aquellos mares. A las dimensiones colosales de aquella parte del Nuevo Mundo, a los impenetrables bosques que la cubren, a los caudalósísimos rios que la cruzan, a las desigualdades estremosas de su clima, se agregaban la escasez i la imperfeccion de los medios de locomocion que poseian sus habitantes. Asi es que parecia natural que los pobladores de las costas del Atlántico careciesen absolutamente de noticias concernientes a los de las costas del Pacífico. I asi debió ser, en efecto, con respecto a las naciones que habitaban los terrenos ocupados hoi por el imperio del Brasil i por las provincias del Rio de la Plata. Pero no puede decirse lo mismo de las que se habian fijado en las costas del golfo de Darien. Allí, por la proximidad del Istmo de Panamá, se sabia, no solo que mas allá del continente habia un vastísimo mar distinto del Atlántico, sino que sus aguas bañaban un grande i poderoso imperio, donde el oro era tan abundante, como los españoles decian que era el hierro en su país.

El intrépido Balboa, digno émulo de Colon, como mui propiamente lo llama el señor Lorente, fué el primer europeo a cuyos oídos llegó tan importante noticia, sirviéndole de ocasion la insaciable sed de oro que devoraba a los conquistadores. Disputándose algunos de éstos sobre la distribucion de una cantidad del ansiado metal que habia caido en sus manos, el hijo de un casique, jóven de gran ánimo i de mui recto juicio, como el hecho lo acredita, prorumpió, indignado al ver aquella esplosion de la mas sórdida codicia: “¿A qué reñir por tan poco? Si es tanta vuestra ansia de oro, que por poseerlo vagais con tantos trabajos lejos de vuestras tierras, i váis a inquietar las jentes pacíficas, provincia os mostraré yo donde podeis satisfacer vuestro deseo,” i en seguida les indicó el monte tras del cual se estendia el mar que desconocian ellos, i por el cual navegaban jentes a remo i velas en barcos poco inferiores en tamaño a los de los españoles, ponderando las riquezas incalculables de los pueblos que habitaban sus orillas. Balboa concibió entonces el proyecto de descubrir el nuevo Océano, creyendo que por él podria llegar a la gran India. Son mui interesantes los pormenores que la obra contiene sobre los preparativos i vicisitudes de aquella célebre espedicion, a cuyo éxito se oponian lo intransitable del terreno, las fieras i los reptiles venenosos que en él abundaban, las tribus bárbaras que habitaban sus selvas, la escasez de provisiones i los rigores de un clima tropical que enervaba las fuerzas vitales de los invasores i atenuaba a veces su entusiasmo. A todas estas contrariedades se sobrepuso el indómito temple del caudillo, el cual tuvo por fin la satisfaccion de espaciar sus miradas en el Pacífico el dia 26 de setiembre de 1519.

Balboa reunia, a todas las grandes cualidades del guerrero perfecto, a la longaminidad del héroe cristiano, a un ánimo indulgente i jeneroso, i a un sufrimiento de privaciones i otros males físicos, digno de un filósofo estoíco, una rectitud de principios i una buena fé en toda su conducta, que formaban un singular contraste con la frenética avidéz de oro, con las disposiciones turbulentas i con la incorrejible envidia de que dieron tan funestas i escandalosas muestras casi todos los descubridores i primeros conquistadores del nuevo continente. La circunstancia de haber sido el primer europeo que vió el mar del Sur, parecia darle el derecho de ser el primero en surcar sus aguas i emprender la exploracion de las tierras que besaban. Penetrado de esta idea, i fijas su mente i su voluntad en tan gran designio, no se detuvo enfrente de los obstáculos que a su ejecucion se oponian. Era imposible construir buques en una costa desnuda de los materiales necesarios para esta obra. Balboa volvió a pasar el Istmo, i lo pasó tercera vez provisto de maderas labradas, herramientas, cables i demas objetos navales: verdadera hazaña, que parece increíble, consideradas las dificultades con que tuvo que luchar i de que dará una lijera idea la descripcion que hace el señor Lorente de aquellas rejiones, imperfectamente abreviado en lo que hemos dicho. A todo se sobrepuso la inflexible constancia de aquel varon eminente. Poceedor de un bajel construido en la playa occidental del Istmo, Balboa se abandonó al desconocido Océano, i despues de una navegacion llena de horribles privaciones i de incesantes peligros, consiguió ver la tierra del Perú, i adquirir sobre aquel imperio bastantes datos para conocer su importancia i la imposibilidad de penetrar en ella con los escasísimos medios de que podia disponer. Volvió al continente para proporcionarse los que tan alta empresa necesitaban, i victima de una infame traicion manejada por su suegro Pedrarias, fué puesto en la cárcel, procesado, i por último, condenado al suplicio. No hai voces con que vituperar dignamente tan escandaloso atentado. La historia abandona su clasificacion a la conciencia de todo hombre, de cuya alma no se han borrado enteramente las mas sencillas nociones de la moral i de la justicia.

Despues de esta catástrofe, empiezan a brillar en los anales de la conquista los nombres de Pizarro i Almagro. Pizarro fué el primero que conoció el verdadero Perú de los Incas; el Perú, cultivado con esmero, no menos abundante en metales preciosos que en las mas esquisitas producciones del reino vegetal; el Perú, gobernado paternalmente como una sola familia. Le descripcion de la entrada del descubridor en la ciudad de Tumbes, último baluarte del imperio por la parte del norte, es uno de los pasajes mas interesantes de la obra del señor Lorente. Acojidos allí los españoles como enviados de los dioses, objetos de una hospitalidad sincera i reverente, pudieron admirar la belleza del país, la igualdad deliciosa

de su clima, la sencillez, el candor i el buen sentido de sus habitantes, la profusion de oro i plata con que adornaban sus casas i personas, los productos de su industria, particularmente en el ramo de tejidos i de elaboracion de aquellos metales, i la intelijente curiosidad con que procuraban informarse de los objetos que por primera vez se ofrecian a su vista i que miraban con no menos interes que estrañeza, como muestras de una civilizacion de que tenian la idea mas remota. ¡Qué campo inmenso abria aquel espectáculo a los ojos del amigo de la humanidad i al cristiano poseido del verdadero espíritu de su relijion! ¿Cómo no se presentó a la mente de Pizarro la idea de cautivar aquellas jentes, tan suaves, tan dóciles, tan disciplinadas, por medio del Evanjelio, predicado como los apóstoles lo predicaron, i no forzado con la alternativa de la muerte, como se habia propagado el código de Mahoma? ¡Qué fácil no habria sido iniciar en las artes europeas, en las ciencias i en las letras, a una raza que poseia suntuosos palacios, formidables fortalezas, caminos semejantes a las grandes vias de los romanos; raza que cultivaba con el mayor esmero la tierra, que la fecundaba por medio de asombrosas obras hidráulicas, i que cosechaba bastantes frutos para alimentar a muchos millones de seres humanos, sin haberse conocido jamás en aquella rejion privilegiada el terrible azote del hombre! Este jeneroso i caritativo designio no estaba en armonia con las costumbres, con las opiniones ni con los principios que dominaban a la sazón en las naciones europeas. A la barbárie del réjimen feudal habia sucedido el poder absoluto de los reyes. La fuerza se constituyó en único instrumento de gobierno, tanto en una época como en otra. Pizarro no pensó en atraerse la amistad de los peruanos. No pensó mas que en someterlos. La conquista del Perú llegó a ser el gran objeto en que se concentraron todas sus aspiraciones.

Son en alto grado curiosos los pormenores que el autor cuenta de los preparativos de la espedicion que debia agregar a los dominios de España una de las rejiones mas opulentas del mundo; las aventuras de los primeros ensayos de conquista; las vejaciones i malos tratos que infijieron los españoles a los pobladores de las costas en que desembarcaron, pormenores que han debido ser fruto de largos i sérios estudios, i que escitan vivamente la curiosidad del lector, tanto por su importancia i novedad, como por las dotes del estilo en que están narrados.

La lamentable historia de Atahualpa ocupa muchas pájinas llenas de inte i de grandes efectos dramáticos en el trabajo del señor Lorente: de buena gana borrariamos de nuestros recuerdos históricos este inícuo i sangriento episodio. Atahualpa era monarca lejítimo de una nacion grande, morijerada, gobernada por leyes i tradiciones justas i morales. Su dinastía ocupaba el trono por derecho hereditario, que contaba siglos de duracion. Tanto por la veneracion casi relijiosa que tributaban los peruanos a la institucion

monárquica, como por las prendas amables del que a la sazón ocupaba el trono, su persona era objeto, no solo del respeto debido a la institución, sino del tierno i filial afecto de sus súbditos. Pizarro, internándose imprudentemente en aquellos dominios con fuerzas infinitamente desproporcionadas a las formidables huestes que rodeaban al Inca, no descubrió otro medio de esquivar el inmenso peligro a que su temeridad lo había espuesto, que el de apoderarse de la sagrada persona del jefe del Estado. Pizarro no procedió en esta ocasión como enemigo, sino como juez. No lo cautivó, como fué cautivado un rei de Francia en Pavia, sino como un criminal, como un enemigo de la religión, como un ofensor de la sacra imperial majestad de Carlos V. Un fraile dominico, tan desatentado como ignorante, llamado Fr. Vicente Valverde, fué el que ocasionó la horrible matanza de Cajamarca. ¿Cómo podían oír con indiferencia los peruanos que el gran sacerdote de una religión que no era la suya, había regalado el Perú a un monarca, cuya existencia ignoraban? ¿Cómo había de someterse Atahualpa a tan absurdo precepto? Qué habrían hecho Carlos V i la nación española si el Califa de Bagdad hubiera dispuesto del trono de las Españas en favor del Czar de Persia?

Es de notar que en la arenga dirigida por Valverde al Inca, cuyo asunto principal era la religión cristiana, i uno de sus dos objetos su propagación en aquellas tierras, no habló una sola vez de la doctrina moral que esta religión trajo al mundo, para su salvación i ventura, del espíritu de caridad que la anima; de las obligaciones que impone; de los preceptos que inculca; de las virtudes que recomienda, ni de los vicios que condena. No habló mas que de los altísimos e inescrutables misterios que no se adoptan sino con los auxilios de la fé, i ante los cuales el entendimiento se anada. A la incredulidad que semejantes asertos debían escitar en los ánimos de hombres ignorantes a cuyos oídos llegaban por primera vez, se agregaba el singular anuncio de que "los Papas, que son los sucesores de San-Pedro, gobiernan el jénero humano i todas las naciones en cualquier parte que vivan, i sea la que fuere su religión, i deben obedecerle. Un Papa ha dado a los reyes de España todos estos países para pacificar a los infieles i traerlos al seno de la Iglesia Católica."

Recomendamos a nuestros lectores la viva i elocuente narración de la espantosa escena que siguió a estas insensatas intimaciones. El autor confiesa que puede haber alguna exajeración en los pormenores del hecho. No los hai por desgracia en las de sus consecuencias.

En medio de esto, es imposible rehusar un tributo de admiración al sublime heroísmo, al impertérrito valor, a la indómita constancia de los españoles. La expedición de Hernando Pizarro, hermano del conquistador, a lo interior del Perú, es un hecho que eclipsa los mas asombrosos rasgos de intrepidez i valentía que las historias antiguas i modernas han legado a la

admiracion de la posteridad. Con veinte jinetes i una docena de escopeteros, se aventuró Hernando a penetrar en una rejion desconocida, en que sabia que existian ejércitos numerosos, i de cuyos habitantes debia temer la venganza que habian provocado los hechos a que hemos aludido. Hernando se internó en la cordillera, cruzó ásperos desiertos, salvó impenetrables torrentes, recibiendo por todas partes una jenerosa hospitalidad, cariñosos obsequios i grandes cantidades de oro.

Apenas hemos hecho mas que indicar a la lijera el contenido de las doscientas primeras pájinas de la obra, para cuyo completo exámen no bastarian todas las pájinas del presente número de los *Anales*. En resumen: la impresion que produce la lectura de la obra combina la sólida instruccion que se saca de una historia verídica i el interes de una novela llena de inesperados incidentes, i de cuadros llenos de movimiento i de vida. El autor posee, no tememos decirlo, el talento de la narracion i el de la descripcion, en términos de encadenar irresistiblemente la atencion i la curiosidad del lector. I, sin embargo, al cerrar el libro, todo pensador juicioso, i especialmente el que ha visitado el teatro de tan maravillosos hechos, no puede desprenderse de un sentimiento de tristeza al considerar cuál podria haber sido la suerte del Perú, si sus primeros vínculos en el mundo antiguo se hubiesen fundado en los principios de la verdadera doctrina evangélica, en una política ilustrada i tolerante, en el respeto del derecho de jentes, i en los instintos i prácticas de la filantropia universal: dogmas sagrados, que tantas veces han hollado en todas las partes del mundo, el fanatismo, la ambicion i la ignorancia.

---

*HISTORIA NACIONAL. Memoria presentada a la Universidad en la sesion solemne de 1861 por don Miguel L. Amunátegui con el título de "Descubrimiento i conquista de Chile."* 1 vol. de 526 páj. en 8.º, Santiago, imprenta chilena.—Artículo de don Diego Barros Arana acerca de esta obra.

En la sesion solemne que celebró la Universidad de Chile el 6 de octubre de 1861, leyó don Miguel Luis Amunátegui la introduccion de una memoria histórica, cuya composicion le habia sido encomendada por el Rector de dicho cuerpo. En esa introduccion trazaba un excelente contraste entre la conquista i la colonizacion de la América española. Obra del esfuerzo individual de los aventureros europeos, que léjos de su patria i de su rei acometian en el nuevo mundo empresas de la mayor dificultad, la conquista lleva el sello del heroismo, de la resolucion suprema, de la grandeza en la concepcion i de una brillante osadía en la ejecucion. El coloniaje, por el contrario, es pálido, sombrío, mezquino, porque el hombre pierde entónces su individualismo, obra avasallado por el despotismo